

Introducción

Este trabajo surge como respuesta al control (o descontrol) municipal de la gestión urbana excesivamente politizada y encorsetada que existe hoy día. Con él pretendemos abrir nuevos horizontes en el pensamiento urbanístico, ya que ofrecemos un punto de vista urbano diferente al que se viene aplicando actualmente en la ciudad, un punto de vista despolitizado y más sostenible, donde el paisaje y la cultura local recobran su protagonismo, factores fundamentales para una mayor cohesión social y una potenciación de la calidad de vida de todos los ciudadanos.

Creemos que el paradigma de despolitizar el urbanismo y desarrollar la ciudad, vinculando su desarrollo al conocimiento del territorio, permitirá dar visibilidad a la cultura más arraigada en la ciudadanía, y con ello, creemos que resurgirá el sentimiento de “sentirse orgulloso de pertenecer a” y un deseo de vivir en esta ciudad, obteniendo a medio y largo plazo un aumento de **población compleja y coherentemente** satisfecha que rompa con la actual homogeneidad, permitiendo crear una sociedad con iguales oportunidades laborales urbanas.

Aunque no presentamos una propuesta específica que cumpla con la accesibilidad universal, sí la hemos valorado dentro de la calidad del espacio urbano, ya que asumimos una total integración del disminuido, a través de la utilización

de todo el espacio público urbano, tanto desde el punto de vista social como laboral de forma no exclusiva.

Creemos que las respuestas de los espacios públicos urbanos, basados en normativas, nada tienen que ver con la vida social del disminuido y con todos sus derechos y deberes como ciudadano.

La independencia y la libertad del disminuido, protegidas en legislaciones vigentes, se podrían alcanzar favoreciendo su autonomía, dando libertad a su movilidad, y trabajando el confort urbano que permitirá ofrecer espacios públicos cálidos para todos los que tengan falta de ejercicio físico, sin olvidar que el concepto de arquitectura bioclimática podría servir como elemento guía a las discapacidades visuales.

También proponemos una escala humana desde el punto de vista de la dinámica del cuerpo en todas sus fases de la vida: encorvado, sentado y acostado, por ello las aceras que proponemos cumplen con la “amabilidad espacial” que permite la maniobrabilidad del disminuido en su fase más impedida y de ayuda máxima de terceros.

Para ello, iniciaremos el trabajo con el estudio del espacio geográfico de la ciudad para luego analizar las consecuencias urbanas en dicho espacio provocadas por el instrumento de zonificación del Plan General de Ordenación Urbana (en adelante PGOU) y continuar con la exposición de diferentes propuestas, de control de la estructura formal de la ciudad, de redes verdes de comunicación entre diferentes áreas urbanas, y por último un proyecto urbano para un barrio concreto.

Prólogos

Cuando Teresa me dijo que iba a escribir un libro basado en lo que había publicado en su blog, la verdad es que me dio envidia. Es algo que también me gustaría hacer con el mío pero nunca encuentro ni el tiempo ni las ganas. Además, probablemente en mi caso no funcionaría. No funcionaría por muchas razones, pero la principal es el tema. El suyo está bastante centrado en Santiago y su planeamiento, lo que ayuda bastante a configurar un producto bastante compacto. Para mí, hablar o escribir sobre Santiago, o sobre un libro sobre Santiago, es algo muy importante. No sólo porque haya nacido en esta ciudad maravillosa, sin parangón en el mundo, sino porque, a pesar del poco tiempo que he pasado en ella, la quiero y la admiro como a una madre. Este amor por Santiago que comparto con Teresa, hace que sea fácil escribir unos párrafos de introducción a un libro que es, básicamente, respeto a un lugar mágico. Respeto al lugar es la lección que nos dejaron todos los autores clásicos, desde Sitte hasta Unwin, pasando por Jacobs o Mumford. Decía Unwin principios del pasado siglo XX en uno de los primeros manuales de urbanismo publicados (*La práctica del urbanismo*, 1919) que el arquitecto debía de aproximarse al terreno “con respeto”. Este principio, respeto por lo existente, debería estar grabado a fuego en la cabeza de todos los planificadores que se

enfrentaran al reto de cambiar lugares como Santiago. Lugares tan especiales que su singularidad es reconocida en todo el mundo. Pero también lugares que tienen una identidad construida generación a generación por unos habitantes, guardianes de su pasado pero que han vivido siempre su presente de forma bastante sensata. Por lo menos hasta ahora.

Parece como si el siglo XXI hubiera traído una cierta locura en la toma de algunas decisiones relativas a la construcción de la ciudad. Entiendo que esta es la esencia de este libro: intentar clarificar qué está pasando y qué cosas hemos olvidado. A pesar de su universalidad, Santiago siempre ha sido una ciudad para vivir. Su universalidad ha sido reconocida no sólo por el hecho de ser Patrimonio de la Humanidad, sino por haber ostentado la capitalidad de territorios más o menos amplios a lo largo de la historia, ser centro de cultura y conocimiento y, además, faro espiritual. Es posible que su imagen planetaria nos haya deslumbrado hasta el punto de ocultar la existencia de sus ciudadanos. Pero son precisamente estos ciudadanos los que han hecho posible que estas características universales se hayan mantenido a lo largo de los siglos. Son los santiagués los que han hecho a Santiago. Y, hasta el momento, con buenos resultados.

En el libro se destacan los barrios como ejes sobre los que debería pivotar, tanto el planeamiento como el diseño urbano. Porque, efectivamente, Santiago siempre ha funcionado de esta manera. La organización parroquial rural de

Galicia se reconvierte en parte cuando entra en la ciudad aunque, soterradamente, siempre permanece debajo. Así, al barrio de San Pedro se le ha llegado a denominar (irónicamente, con esa retranca que caracteriza al gallego) “Os Estados Unidos”, al pertenecer a parroquias diferentes. Pero lo cierto es que la organización socio-espacial en esta ciudad es particularmente importante y debería ser la base de cualquier intento de previsión de su futuro urbano. Así ha sido hasta ahora y sería bueno que siguiera siendo así. Sobre todo porque el sistema ha funcionado.

Además, esta vuelta a lo local en lugares tan universales como Santiago sólo se puede entender de esta forma, conjugando la imagen con la identidad. Porque la identidad es la gran olvidada cuando se configura una ciudad como la que comentamos. E identidad no es sólo la imagen internacional sino también la de los grupos que viven el día a día, que trabajan en ella, que aman, que mueren en sus calles y en sus casas. Para ellos también hay que construir ciudad. La ciudad de los barrios. El libro responde a esta necesidad de reconocerse en el contexto. En el contexto no sólo climático y territorial, sino también en el contexto histórico y social. Muchas veces, intentando asimilar lenguajes formales genéricos (como si fueran en exclusiva “la modernidad”) comprensibles para todos y fáciles de vender, olvidamos que, justamente, estos lenguajes son los que nos vuelven anónimos. Y el sentido de una ciudad como Santiago no es precisamente (ni lo ha sido nunca) el anonimato.

“Lo moderno” está obsoleto. En momentos en los cuales el ámbito de nuestras ciudades es el planeta, en el que corremos un serio peligro de perder nuestra diversidad cultural (que es la que nos ha hecho avanzar) resulta imprescindible recuperar nuestros ámbitos locales. Sólo a partir de la diversidad generada por los ámbitos locales será posible salir de este pensamiento que se va volviendo, poco a poco, único, tanto en los deseos como en los objetivos, las formas, o los valores. Pero huir del pensamiento único no significa renunciar a uno de los logros más importantes del pasado siglo XX: la conciencia planetaria. Es precisamente esta conciencia de que todo el planeta camina junto (aunque muchas veces no en la misma dirección, lo que produce rupturas evidentes) la que hace más necesaria la vuelta a lo local, al contexto, al clima y a los materiales del sitio, priorizando el desarrollo endógeno. Para conseguirlo es necesaria una nueva gobernanza local que permita, de verdad, construir nuestras ciudades entre todos y adaptadas a las necesidades, requisitos y valores propios. Todo esto se trasluce en las páginas que siguen que deberían ser fuente de ideas, críticas y, sobre todo, esperanza.

José Fariña Tojo

Dr. Arquitecto. Catedrático del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid.

El urbanismo ha venido desarrollándose a trompicones, con arrancadas y frenazos, bajo la vigilancia constante y finalmente imposición de unas leyes económicas de mercado durísimas, que han producido la cruel situación actual que ya conocemos todos. En este contexto Teresa Banet viene a ofrecer muchos de los elementos que le faltan a la rigidez tecnocrática de algunas formas de hacer urbanismo. Ha desarrollado este trabajo, fresco, sensible y razonado, mediante la observación y el conocimiento de alguien que vive, conoce y ama a su ciudad y lo que significa como tejido social donde los seres humanos se relacionan. Este texto tiene varias características notables.

Una de ellas es **reivindicar en el urbanismo la cultura de ciudad** en todo su amplio contenido. La cultura es el conjunto de conocimientos completos, incluidos ante todo los tradicionales, en los que el conocimiento de la realidad del entorno, el clima y la geografía fue primordial para la supervivencia. Este trabajo hace suya la frase de David Harvey de que *“aun cuando las variaciones geográficas reflejan e incorporan legados materiales históricos, culturales y políticos del pasado, es un error grave suponer que se mantienen relativamente estáticas, y mucho menos inmutables”*¹, y la superpone sobre la forma convencional de hacer urbanismo de las últimas décadas. Si el primer paso del urbanismo debería ser conocer estas variaciones, evitar gratuidades (así lo dice Teresa) debería ser el segundo, y el tercero saber adaptar las necesidades del ciudadano a este entorno en un juego

recíproco entre la naturaleza existente y la que se procura el ser humano.

Reivindicar quiere decir también restablecer, volver a colocar en su lugar el conocimiento creado por generaciones anteriores, el que ha permitido conocer la realidad a través de la observación y la convivencia de siglos con su espacio geográfico, sabiendo leer e interpretar su medio, la topografía y la orografía, leyendo en las colinas y los ríos... La cultura de la ciudad a través del conocimiento geográfico no se establece sólo en términos técnicos y prácticos, sino en la conexión sensitiva del ciudadano con su ciudad. Sin este conocimiento, el sentido de pertenencia (orgullo de pertenencia se dice en el texto) del ciudadano a una colectividad se desdeña y queda relegado, lo que es especialmente grave en un país, el nuestro, donde lo colectivo tiene una relevancia aún por desarrollar y necesita ser reforzado.

El urbanismo se entiende en este texto como una cuestión de escala, porque el ser humano se relaciona a través de ellas, y a la escala de la ciudad se llega a través de la que corresponde al ciudadano. La ciudad es una entidad compleja, que debe ser útil a sus habitantes: este es el objetivo. Es el mismo ciudadano santiagués quien pasea, quien va a trabajar, vive y descansa, visita a sus amigos, contribuye a las cargas ciudadanas, quien antes o después tiene alguna discapacidad, se mueve por la ciudad, la necesita y la disfruta, articulando y no separando estas funciones. Se está definiendo así la escala humana de la ciudad compacta

¹ HARVEY, D. Espacios de esperanza Ed. Akal. 2012.

desde la realidad práctica. La ciudad se analiza con la información que el ser humano recibe desde sus sentidos, que es como percibimos, y no solamente mediante las “funciones” que realizamos.

Otra característica notable del trabajo es **el lenguaje**.

Teresa utiliza un léxico de una enorme riqueza local, colorido, descrito con los sentidos, con palabras auténticas, no estereotipadas, en las que la toponimia, la tradición, el paisaje, y la cultura están siempre presentes. Son palabras que son conocidas y utilizadas por los santiagueños, que les son familiares y propias. En esto contrasta muchísimo con cualquier libro de urbanismo: por la riqueza, belleza y exquisita precisión de las palabras que usa, estructuradas sin embargo en un léxico espontáneo, desenvuelto, que emerge expansivo e instintivo: Teresa escribe como habla. Esto es así porque su análisis surge y brota del conocimiento diario y vivo de la ciudad, por lo que las palabras utilizadas en la descripción de su urbanismo ya están definiendo por sí mismas una determinada ciudad, sólo una, específica, a la que además se ama. El lenguaje no es arbitrario ni banal. Riqueza de lenguaje implica riqueza de conceptos, y por tanto de espacios. Como ejemplo tomemos el uso de la palabra parroquia, a la que este texto ha resucitado conceptualmente para el urbanismo como célula urbana de la vida colectiva. ¿Por qué no se ha utilizado apenas esta palabra (y por lo tanto el concepto) en el desarrollo urbano? Es absurdo desdeñar el conocimiento, venga de donde venga. Las posibilidades de siglos de organización que

permanecen no sólo en la toponimia, sino en la cultura y la organización social son un capital de conocimiento de primera magnitud. Este conocimiento no es habitual en un urbanismo de plantilla, de molde impuesto desde el tablero y despachos, pero sí en un urbanismo que parte de la sensibilidad y conocimiento personal y directo de la ciudad. Este texto es también consciente de que hoy día la labor principal del urbanista es la de tejer y dar coherencia a una ciudad existente. Hemos de comenzar a considerar la ciudad como un **ente ya realizado**, en el que hay que trabajar sobre lo ejecutado, en labores de completar, mejorar y adaptar. Convencidos ya los arquitectos de que pocos caminos hay ahora alejados de la rehabilitación sostenible, queda la tarea de trabajar con los mismos conceptos de completar y dar calidad a lo existente en el campo ya cumplido de la ciudad. Desde este punto de vista, este libro representa un modelo que se puede transmitir, como aplicación real del conocimiento de la ciudad al urbanismo, creando cultura, esa que según el diccionario permite a alguien desarrollar su juicio crítico. De todas estas interesantes cosas trata este libro: una muy fundamentada, recomendable y bella forma de conocer y mejorar Santiago.

María Jesús González Díaz

Arquitecta, presidenta de AxS y anterior presidenta de ASA. Ejerce la profesión liberal, publica textos y realiza investigación sobre arquitectura sostenible en proyectos de Investigación y Desarrollo I+D+i.